

# LOS LOBOS DE LA FRONTERA

Rosemary Sutcliff

Traducción de Francisco García Lorenzana



Título original: *Frontier Wolf*

Primera edición en esta colección: septiembre de 2011

© Sussex Dolphin Ltd., 1980

© de la traducción Francisco García Lorenzana, 2011

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2011

Plataforma Editorial

c/ Muntaner 231, 4-1B – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: 26.618-2011

ISBN: 978-84-15115-54-0

*Printed in Spain* — Impreso en España

Diseño de cubierta:

Utopikka

[www.utopikka.com](http://www.utopikka.com)

Fotocomposición:

gama, sl. Travessera de les Corts, 55 2n 1a. 08028 Barcelona

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Reinbook Impres, S.L.

08830 Sant Boi de Llobregat (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*A Phil Barker, Ted Bishop y Wallace Bream*  
R.S.



## Nota de la autora

---

Casi a las afueras de Edimburgo, donde el río Almond se une al estuario de Forth, existe un pueblecito llamado Cra-  
mond; y donde se encuentra ahora el pueblo, hubo una vez un fuerte romano. Su nombre romano se ha perdido, de manera que lo he llamado Castellum, que es simplemente la palabra latina para fuerte. La primera vez que quise escribir una historia sobre una unidad de exploradores de frontera con base aquí, descubrí de los arqueólogos que habían excavado el yacimiento que no había restos de ninguna ocupación militar romana en las fechas que yo necesitaba —343 d.C.— o durante casi todo un siglo antes. Así que, desgraciadamente, tuve que dejar de lado la idea.

Pero hace veinticinco años, cuando acababa de publicar *El Águila de la Novena Legión* y era demasiado tarde

para hacer nada para evitarlo, descubrí para mi desconcierto que no existían restos de ninguna ocupación militar romana en Exeter. Y ahora, veinticinco años más tarde, están empezando a aparecer restos de la Segunda Legión por toda la ciudad. Así, dentro de veinticinco años es posible que desentierren restos del Tercer Ordo, los Lobos de la Frontera, por todo Cramond.

De cualquier forma, después de reflexionar durante algún tiempo, decidí seguir adelante con la historia que quería explicar, jugando limpio con el lector al explicarle que hasta ahora no se han encontrado restos arqueológicos.

Según la *Notitia Dignitatum*, que presenta una lista de la ubicación de todas las unidades del ejército romano hacia 420 d.C., una unidad de infantería ligera de los *attacotti* formaba parte del Ejército de Campaña de la Galia en esa época. Es difícil imaginar algo más improbable que una fuerza de irlandeses sirviendo en el ejército romano, y me parece que, pasando por encima de los cambios de las fronteras y de las necesidades militares durante unos ochenta años, podrían ser descendientes de los Primeros Exploradores Fronterizos *Attacotti* de esta historia.

## Índice

---

I	Decisión en Abusina . . . . .	13
II	Segunda oportunidad . . . . .	31
III	La sala de Ferradach Dhu . . . . .	45
IV	El nuevo comandante . . . . .	65
V	Piel de lobo . . . . .	89
VI	Los Bailarines de Piedra . . . . .	105
VII	La fiesta del nuevo jefe . . . . .	123
VIII	Preparando el trueno . . . . .	145
IX	El caballo del prepósito . . . . .	169
X	Fuego en la frontera . . . . .	189
XI	«Vamos a salir» . . . . .	205
XII	El rath de Skolawn . . . . .	229
XIII	La espada de Orión . . . . .	255
XIV	Solsticio de invierno . . . . .	283
XV	Regreso al Muro . . . . .	309
XVI	Los Primeros Exploradores Fronterizos Attacotti . . . . .	327

# I

---

## DECISIÓN EN ABUSINA

El ordenanza dejó la bandeja de carne fría y pan, y la copa de vino al final del baúl de la ropa, lanzando una mirada medio desdeñosa, medio compasiva, al joven delgado y moreno que estaba sentado al borde del estrecho catre con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las manos, y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

Estaba contento de no ser el centurión Alexios Flavio Aquila.

Y el centurión Alexios Flavio Aquila siguió sentado con la cabeza en las manos, mirando al suelo pero sin verlo. Se sentía aturdido, como si le hubieran dado un golpe entre los ojos; como si los últimos días hubieran formado parte de alguna pesadilla monstruosa de la que podría despertar si supiera cómo hacerlo, para descubrir que estaba de regreso en su alojamiento en Abusina.

Pero la pesadilla seguía adelante, y no existía ningún despertar.

La vida le había ido bien, hasta los últimos días; no siempre fácil, pero bien. Se había alistado en las Águilas con dieciocho años y había ascendido desde abajo, como debían hacer en la actualidad la mayoría de los oficiales del ejército romano, en esta región del emperador Constante. Pero había servido apenas un año «bajo la vara de sarmiento»<sup>1</sup> cuando fue ascendido a centurión; y desde entonces había pasado gradualmente de la Décima Centuria a la Novena, a la Octava, hasta que poco antes de su veintitrés cumpleaños, se encontró al mando de la Segunda Centuria, de la Cohorte Británica de Abusina, donde las defensas de la antigua frontera se unían al Danubio. Eso era lo que implicaba tener un tío que era Dux Britanniarum, gobernador del norte de Britania. Bueno, no se le podía reprochar que tuviera un tío influyente; no se podía esperar que le tirase sus influencias a la cara...

Ahora, todo eso había quedado atrás. No había nada más que su tío pudiera hacer por él. Nada más que él quisiera que hiciese. Deseaba ser él y no el centurión Crito, quien había recibido bajo el esternón la lanza de aquel guerrero tribal.

Por centésima vez su mente volvió al inicio de la pesadilla. Sólo que en aquel momento no pareció el principio de nada. Sencillamente se trataba de que el tribuno Tétris-

1. En el ejército romano la vara de sarmiento era el símbolo del rango de centurión. (*N. del T.*)

co, el comandante del fuerte, había recibido la orden de regresar al cuartel general de Regina para entrevistarse con el nuevo gobernador; y el centurión más veterano había tomado el mando en su ausencia como era habitual, de manera que Alexios era ahora el segundo al mando.

Y antes del amanecer, dos días después, los marcomanos habían atacado el fuerte.

Habían recibido el aviso pocas horas antes, de los ensangrentados supervivientes de una patrulla fronteriza, que habían regresado con la noticia de que la tribu estaba en pie de guerra. Por qué, no lo sabían; normalmente les hablaba un dios, o recordaban sus quejas bebiendo cerveza. El centurión Crito había enviado tres mensajeros a caballo a Regina, con el informe y una petición urgente de refuerzos —el tiempo era muy lluvioso, con nubes bajas arremolinadas alrededor de las colinas, y ninguna señal de humo se había podido elevar clara entre el cuartel general y el fuerte avanzado— y habían evacuado y quemado el asentamiento nativo bajo las murallas, que podría dar cobertura al enemigo, y se prepararon todo lo que pudieron para lo que estaba por llegar.

Habían rechazado el primer ataque; y poco después uno de los optio más veteranos se había acercado a Alexios en la torre del sudoeste.

—Señor, el centurión Crito... —empezó a decir.

—¿Qué ocurre con el centurión Crito?

—Está muerto, señor.

Alexios se quedó parado y miró al hombre, mientras que la barriga se le helaba y retorció como si tuviera un puño en su interior.

No era la primera vez que se veía inmerso en el combate, que veía morir a hombres. No sirves cinco años en las Águilas en las amenazadas fronteras del Imperio sin presenciar cierta cantidad de acción. Pero antes, siempre había habido alguien para dar las órdenes; alguien para tomar las decisiones y para responsabilizarse de ellas.

Ahora le tocaba a él y a nadie más, dar las órdenes y tomar las decisiones en un fuerte con más de la cuarta parte de la guarnición muerta, o herida, o postrada con la fiebre que había desencadenado el verano largo y húmedo en los bosques germanos, y los alrededores llenos de guerreros hostiles.

Oyó una voz que no le pareció la suya, dando las órdenes necesarias para poner a los heridos a cubierto y repartir una ración matinal de galletas de cebada y pasas, y para que le informasen inmediatamente de cualquier señal de movimiento entre los árboles. Entonces se encaminó hacia el Principia, el edificio del cuartel general.

Sólo Dios sabía el tiempo que tenían antes de que cayese sobre ellos el siguiente ataque, y había asuntos que debía resolver mientras durase el respiro. En el corazón del Principia, el Sacellum, en parte santuario, en parte oficina, guardaba tanto el estandarte como la paga de la cohorte. Y allí también se guardaban la relación de efectivos y la correspondencia oficial; todos esos papeles que no debían caer en manos rebeldes. Y era responsabilidad del comandante del fuerte asegurarse de que eso no ocurriera. Era posible que los marcomanos fueran unos bárbaros, pero oficialmente, como todo el resto del Imperio,

eran ciudadanos romanos, y había algunos entre ellos que sabían leer latín.

No es que fueran a llegar a ese punto, por supuesto. Podían resistir muchos más ataques si tenían suerte; y los refuerzos llegarían hacia el anochecer; a la mañana siguiente como muy tarde. Aun así, había cosas que se debían hacer, por si acaso. Alexios, con la ayuda del escribiente militar, estaba acabando de disponer en el suelo una pila de papeles ordenados, donde una antorcha podía terminar el trabajo en unos instantes si era necesario, cuando entró corriendo uno de los optio.

—Movimiento en la linde del bosque, señor, sector noroeste.

Alexios asintió y se giró hacia la puerta, anudándose el barboquejo de las carrilleras de su yelmo empenachado, que había soltado antes, y con el optio a sus talones, cruzó con rapidez el patio del Principia y recorrió la calle principal del fuerte entre las filas de barracones. En lo más alto de la torre de señales, el trompetero estaba tocando la alerta, y en el espacio abierto ante las murallas, estaban formando las reservas. Subió de dos en dos los escalones de la muralla y en lo alto el centurión Clovio se colocó a su lado sin decir palabra. A lo largo de todo el baluarte llegaba una oleada de movimiento que casi no era en absoluto movimiento: acelerar la respiración, apretar el agarre del astil de la lanza, mover los pies para colocarlos en posición de combate.

Durante un rato eso fue todo; entonces, lejos hacia el noroeste, donde la calzada de Regina se sumergía en el bosque espeso, su mirada penetrante vislumbró una espe-

cie de brillo oscuro bajo los árboles, y el resplandor de un arma bajo la luz mortecina de la tormenta. Unos pocos latidos más de espera y el movimiento informe se derramó sobre el espacio abierto y tomó cuerpo y sustancia. Un enjambre de hombres, corriendo medio agachados y gritando mientras se acercaban. Al mismo tiempo la trompeta lanzó su advertencia desde el extremo más alejado del fuerte. El ataque llegaba desde todos lados; pero parecía que este era el principal, a través de las ruinas ennegrecidas del asentamiento y contra la puerta Pretoria. Llevaban troncos de árbol para utilizarlos como arietes y las antorchas fluían rojizas detrás de ellos bajo la luz del día mientras se acercaban corriendo; y en la vanguardia erguían algún tipo de estandarte, pequeño pero tremendamente siniestro, que parecía que prometía horror incluso siendo la distancia aún tan grande que no permitía distinguir qué era.

A su lado, Alexios oyó cómo el centurión Clovio retenía la respiración y en ese instante reconoció los estandartes pequeños y siniestros como cabezas cortadas clavadas en astiles de lanza. Tres jinetes enviados a llevar el mensaje a Regina, tres cabezas que regresaban.

Ahora ya tenían encima el ataque, tronando ante las puertas, precipitándose por encima de los muertos del primer ataque en el foso, con pértigas con muescas para escalar las murallas, donde les esperaba la Cohorte Británica. En las torres de la puerta, los arqueros disparaban a discreción contra la muchedumbre a sus pies; y a la vanguardia de los guerreros danzaban las tres cabezas como una broma macabra. Una de ellas seguía llevando el yel-

mo de caballería colocado en un ángulo extraño. Durante unos instantes desaparecieron en la presión bajo las murallas, y entonces una de ellas, liberada de su lanza, pasó por encima de la empalizada y aterrizó en el adarve casi a los pies de Alexios. Rodó hasta el borde y se quedó allí un instante antes de seguir rodando y bajar saltando uno a uno los escalones de la escalera de la muralla, dejando atrás unas manchas espesas de color marrón rojizo como zumo de mora rancio. Le siguió la segunda. La tercera, quizá lastrada por el yelmo, no pasó por encima de la empalizada y cayó en el foso.

El ataque cesó por fin. Y de nuevo tuvieron un respiro, durante el cual los defensores pudieron escuchar el sonido preocupado de un águila que se movía a baja altura por el cielo, y el murmullo suave del trueno que llevaba colgado desde hacía días entre las colinas. Los ordenanzas médicos estaban ocupados con los heridos bajo la muralla, los muertos se apartaban de en medio, mientras los hombres trabajaban para reparar el sitio donde un tramo de empalizada de madera se había roto y prendido fuego.

Y Alexios estaba al pie de las escaleras de la muralla, contemplando las cabezas de los dos jinetes, cortadas, maltratadas y casi irreconocibles. Luchando por contener el vómito que le subía por la garganta, levantó la vista para encontrarse con la mirada azul y fría del centurión Clovio.

—¿Señor? —preguntó el centurión Clovio, como si él hubiera hablado.

—Ponedlas con el resto de los muertos —ordenó.

A la tercera había que dejarla donde estaba. Bueno, en el foso iba a tener una compañía agradable; más de uno

de sus hombres se había caído hacia afuera por encima de la empalizada durante el ataque; eso ocurría siempre en el combate cuerpo a cuerpo, cuando los hombres luchaban entre ellos en un espacio muy estrecho.

—Venga a la comandancia cuando haya acabado.

Entonces se encaminó a las letrinas y vomitó hasta que no le quedó nada que pudiera devolver; consiguió recuperarse y llegar a la comandancia poco antes del centurión Clovio.

Se miraron un rato largo en silencio.

—Bueno... podemos descartar toda esperanza de recibir refuerzos.

—No, señor —replicó el centurión Clovio—. Pero tendremos que resistir más tiempo. Los suministros deben llegar dentro de cuatro días. Con un poco de suerte se darán cuenta de la situación mucho antes de llegar aquí, y podrán dar el aviso; pero alguna de las patrullas de Regina seguro que se da cuenta de la situación mucho antes de eso.

—Quizá. ¿Cuántos ataques como este podemos resistir, centurión?

—Se necesitaría al tres veces días de nuestro difunto emperador Constantino para responder a esa pregunta. Podemos resistir durante un tiempo.

—¡Pero cuatro días! Ahora mismo hemos quedado reducidos a menos de las dos terceras partes.

—¿Qué sugiere usted que hagamos, señor? —preguntó estirado el centurión Clovio.

—Retirarnos esta noche, cuando aún somos suficientes para abrirnos paso luchando hasta Regina.

Vio cómo se endurecía el rostro del centurión.

—Con todo el respeto, señor, creo que eso sería un error. —Su voz era formal—. Tenemos reservas y suministros suficientes.

—Pero no los hombres suficientes para utilizarlos.

—Normalmente unos pocos hombres tienen más posibilidades detrás de una muralla que en campo abierto. También... —dudó.

—¿Sí?

—Señor, las órdenes actuales en caso de emergencia son resistir y esperar las fuerzas de ayuda.

—No lo he olvidado. Existe un momento para no seguir las órdenes. Es posible que un fuerte lleno de héroes muertos sea de su gusto, centurión, pero intento que mis hombres vuelvan vivos a Regina.

—Nunca lo conseguiremos. —El centurión Clovio olvidó el «señor».

Se miraron a través de la mesa, y después de un momento Alexios dijo intencionadamente:

—Centurión, yo estoy al mando.

Y el silencio descendió entre ellos como una espada.

El centurión Clovio, que lucía canas en la barba, le devolvió la mirada al cachorro, que no tenía nada que le superase salvo que era un espadachín de primera clase (y se podía decir lo mismo de cualquier gladiador que hubiera resistido tres combates en la arena), sólo porque tenía un tío influyente, había sido ascendido por encima de la cabeza de hombres como él antes de tener la oportunidad de aprender el oficio.

—Tendré que hacer constar oficialmente en el informe que no estoy de acuerdo con su decisión, señor —dijo

por fin—. Si persiste en ella, es evidente que la debo aceptar a partir de ahora y cumpliré sus órdenes con todas mis fuerzas.

—Naturalmente —aceptó el centurión Alexios Flavio Aquila, controlando la voz con demasiado cuidado, de manera que sonó fría y arrogante—. Saldremos en cuanto oscurezca. Procure que haya literas y bestias de carga para los enfermos y heridos; y destruya todos los suministros de guerra que queden atrás.

Rechazaron dos ataques más a lo largo del día, viendo cómo crecían los muertos y heridos. Pero al final llegó la oscuridad; una oscuridad densa con nubes arremolinándose a gran altura hacia el oeste, lo que prometía lluvia para la mañana. La oscuridad dio paso a las tinieblas; y en el Sacellum Alexios había quemado la ordenada pila de papeles que el escribiente y él habían juntado a primera hora del día, sabiendo que al hacerlo estaba dando el primer paso en un camino del que no podía volverse atrás. Cuando murieron las últimas llamas, apagó con el tacón los últimos rescoldos rojos que seguían ardiendo, aquí y allí, en el filo de un trozo de papiro calcinado. Después salió para unirse a sus hombres formados y esperando las órdenes finales.

Dejaron la lámpara ardiendo en el Sacellum, donde el portaestandarte había cogido el estandarte de la cohorte, y alumbraron las luces que normalmente se mantenían encendidas, y dejaron atrás los pozos cegados de cuerpos muertos y las armas retorcidas y despuntadas.

Salieron a través de la vieja puerta del noreste que había quedado medio tapiada hacía muchos años, dieron un rodeo para evitar los fuegos de campamento que se

amontonaban a ambos lados de la calzada de Regina, y, con los exploradores por delante, llegaron a los árboles sin alertar a los bárbaros. Sin los heridos y los casos de fiebre, se podrían haber mantenido todo el camino en el bosque. Esto les habría dado más posibilidades. Pero en la situación actual, al final tendrían que volver a la calzada. Veinticuatro kilómetros de camino; menos de cuatro horas de marcha en circunstancias normales. ¿Cuántas pasarían antes de que tuvieran a los marcomanos siguiendo su rastro? Quizás hasta que las trompetas no tocasen para el cambio de guardia.

El viento estaba cambiando, el banco de nubes seguía creciendo hacia el cielo; y cuando Alexios, al mando de la retaguardia, se detuvo a un lado y se giró durante un instante para mirar atrás desde la cresta de la primera colina, unas gotas de lluvia le golpearon en la cara, emborronando los ligeros parpadeos de luz procedentes del fuerte abandonado. Un fuerte romano abandonado a los bárbaros. En cualquier caso, ahora no se podía hacer nada más que seguir adelante.

Avanzaron a través de chaparros bajos y densos, el suelo cada vez más pesado a medida que arreciaba la lluvia. La cresta se encontraba ahora entre ellos y el fuerte. No valía la pena mirar atrás.

Los exploradores iban por delante, buscando el mejor camino para los enfermos y heridos; pero el avance era muy lento. Demasiado lento. El terreno empezó a subir de nuevo, y al pasar por encima de la cima de la siguiente colina, Alexios dejó al mando a su *optio*, y se adelantó con rapidez hasta la cabeza de la columna empapada y

desordenada, para hablar con el centurión al mando de la vanguardia.

—Centurión, vamos desesperadamente lentos y ya debe haber pasado el cambio de guardia. Ahora ya debe haber empezado la caza. Ha llegado el momento de volver a la calzada.

El centurión Clovio, que había servido cinco años en Abusina, y conocía los bosques tan bien como los exploradores, se agachó por debajo de una rama que colgaba muy baja.

—Sí, de todas formas estamos dejando un rastro como el de un elefante herido, que pueden seguir con tanta facilidad como la calzada. Y con los heridos nunca conseguiremos pasar por la Espalda del Oso antes de que los tengamos encima. Un poco más adelante hay una senda que baja hasta la calzada. Si continúa la lluvia, por la mañana será un torrente, pero ahora será posible ir por ella.

—De acuerdo, la tomaremos.

Regresó a la parte trasera de la columna, informando al resto de los centuriones de camino.

Encontraron el sendero, uno de los que atraviesan el bosque, uniendo las aldeas entre los árboles, y bajaron hacia la calzada, resbalando y deslizándose en el barro. Casi la habían alcanzado cuando escucharon los primeros aullidos de lobo a sus espaldas en la noche lluviosa.

A lo largo de toda la línea desordenada de la columna, los hombres levantaron las cabezas, tensos al escucharlo, sabiendo que era el grito de caza de los marcomanos. Alexios sintió la tensión súbita que se hacía eco de la suya, reteniendo la respiración y con las manos moviéndose por ini-

ciativa propia hacia la empuñadura de la espada. Y entonces tuvo bajo los pies la superficie familiar de la calzada.

Sabía que a toda costa tenía que disponerlos con rapidez en un orden de marcha adecuado. Seguir por la calzada como acababan de salir de los árboles sería una llamada para el desastre. Dio las órdenes de «Formar» y «Paso rápido», y oyó cómo las pasaban hacia adelante y el sonido irregular y cansado de pies acompasándose a la pisada rápida y regular de la marcha forzada. Iba a ser duro para los heridos, pero las presas no pueden elegir el paso cuando el cazador ha captado su rastro.

Ante ellos, cuando la luna se abrió paso durante un momento en medio de las rápidas nubes bajas, se veía el brillo del agua, donde la calzada bajaba hasta las orillas pantanosas del río. En la ribera izquierda se alzaba la masa oscura y encorvada que llamaban la Espalda del Oso. Por delante, en lo más estrecho, donde las laderas boscosas bajaban hasta el río, sería donde atacarían los bárbaros. Si la columna desesperada, lastrada por enfermos y heridos, conseguía atravesar el estrecho hacia el campo abierto que se abría al otro lado, podrían tener una oportunidad para llegar hasta Regina. Pero los lobos aullaban muy cerca. Cada vez más cerca, lobo llamando a lobo en la empapada oscuridad entre los árboles.

El río se acercaba por la derecha, el muro de árboles se precipitaba desde la cresta a la izquierda, cerniéndose sobre ellos; y entonces, de repente, los aullidos de lobo, las llamadas de caza, estaban en sus flancos además de detrás de ellos; la cacería se estaba cerrando para matar. Un poco por delante, la ladera empinada de la colina se reti-

raba un poco, y entre ella y la calzada se alzaba un montículo separado del resto del macizo por una hondonada poco profunda. Si conseguían llegar allí, al menos tendrían la ventaja del terreno alto.

Había pasado el tiempo en que el silencio había tenido importancia. Alexios gritó a pleno pulmón.

—¡Alcanzad el montículo!

Y un grito de respuesta le llegó desde la cabeza de la columna.

Habían llegado a la cima y habían conseguido establecer algún tipo de formación con los heridos y el estandarte de la cohorte en el centro, cuando llegó el primer ataque; una pesadilla de sombras que se abalanzaban a través de la hondonada desde la ladera boscosa, y subían desde el pantano a través de la calzada ahora desierta.

—¡Ahí vienen! —gritó alguien.

Y los defensores de la pequeña loma se pusieron en pie para enfrentarse con ellos, y alrededor de todo el círculo defensivo estalló de repente el golpe de hoja contra hoja, y el agudo grito de batalla de los marcomanos. La lluvia estaba amainando y la luna brillaba remota sobre la lucha salvaje en la cima estrecha del montículo. La Cohorte Británica tenía menos de la mitad de sus efectivos, completamente superada en número, y el desenlace estaba fuera de toda duda. La muralla de hombres pequeña y desesperada que rodeaba a los heridos y al estandarte era cada vez más reducida, retrocediendo paso a paso con terquedad para cerrar los huecos que abrían las lanzas germanas. Y por cada guerrero bárbaro que caía, parecía que había dos para ocupar su puesto.

Alexios oyó su propia voz animando a gritos a sus hombres; ya no había ninguna orden que dar. Se dio la vuelta para ver cómo iban las cosas en el extremo más alejado del círculo menguante.

—¿Centurión Clovio?

Pero la luna le mostró una figura derrumbada y el rostro mudo del centurión Clovio, por encima del agujero irregular que sonreía oscuro en su garganta. Y alguien que yacía en un caos pegajoso de barro y sangre volvió la cabeza al pasar a su lado y le escupió deliberadamente.

Un bárbaro cargó directamente contra él. Vio un casco con cuerno y una lanza levantada contra la luna. Saltó para enfrentarse con él en el hueco dejado por un hombre caído. Paró el golpe con el filo de la espada y se lo devolvió, pero por todas partes la línea estaba empezando a caer. Detrás de él escuchó al trompetero tocar la llamada que había sonado por encima de tantos combates desesperados. «¡Al estandarte! Reunión... Reunión... Reunión...»

Y entonces, increíblemente, desde muy lejos en la calzada hacia Regina, llegó el sonido de la respuesta de una trompeta.

La puerta se volvió a abrir; pero perdido en su pesadilla privada, Alexios no supo que alguien había entrado, hasta que oyó sobre él la voz del tribuno Tétrico.

—¡Levántate!

Entonces levantó la vista, vio quién era y se puso firmes de inmediato.

—Señor... lo siento. No lo oí entrar.

Se quedaron de pie, mirándose; entonces el hombre

mayor se dio la vuelta y se acercó hasta la ventana, cojeando con un vendaje de lino alrededor de la rodilla izquierda. El tribuno Tétrico había estado al mando de la fuerza de auxilio, y pocos habían salido ilesos de la lucha entre la Espalda del Oso y los pantanos.

—He venido a traerte dos noticias —comenzó, hablando hacia la ventana—. Acaba de llegar la noticia de que Abusina vuelve a estar en nuestras manos.

—Sí, señor —replicó Alexios. No había nada más que decir.

—Y la investigación se ha fijado para pasado mañana.

—¿Investigación?

El tribuno hizo un gesto con los hombros.

—En Nombre de la Luz, hombre, ¿pensabas que no iba a haber una investigación? ¡Eres muy afortunado de evitar una corte marcial!

—Sólo puedo decir en mi defensa, señor, que cuando aquellas cabezas pasaron por encima del parapeto...

—Dos cabezas. Nunca viste de cerca la tercera, los bárbaros se ocuparon de eso. ¿No se te ocurrió que los marcomanos podrían haber pensado que valdría la pena la muerte de, supongamos, un hombre herido o un anciano que ya no pudiera combatir, para que pensases que ninguno de tus jinetes lo había conseguido?

—No, señor —contestó Alexios con una especie de desesperación silenciosa—, no lo hice.

—Y así perdiste un fuerte entero a manos de un puñado de rebeldes y me ha costado las vidas del doble de hombres de los que habría perdido si te hubieras quedado obedeciendo las órdenes.

—Sé que tomé la decisión equivocada, señor.

—Tomaste la decisión equivocada. Esto se lo puedes decir a la investigación.

—Supongo que este es el momento en que debería caer sobre mi propia espada —comentó Alexios después de un momento; y se sorprendió y perturbó al descubrir que algo que le había entrado en la mente como una broma macabra, al pronunciarlo en voz alta, se había convertido en algo que decía en serio—. Pero se han llevado mi espada. Incluso esta decisión la he tomado demasiado tarde. Quizá podría arreglar...

El tribuno Tétrico se dio la vuelta con rapidez junto a la ventana.

—Mi querido Alexios, no seas tan anticuado. El heroísmo de ese tipo pasó de moda incluso antes de dividir el Imperio entre Oriente y Occidente.

Cruzó la puerta, y se giró una vez más, su rostro amargo e implacable. Normalmente era una persona amable, pero quería a sus hombres, y había perdido demasiados como para ser amable o incluso justo en ese momento.

—Pero lo puedes volver a sugerir ante el Tribunal de Investigación. Atrae simpatía y da una buena impresión.

Salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

Alexios oyó el sonido familiar del cierre cayendo en su sitio. Se sentó una vez más al borde del camastro y siguió así con la cabeza en las manos. Un pequeño hilo de sangre surgió de los nudillos de la mano derecha, donde había proyectado su puño cerrado contra la basta pared en el momento de caer el pestillo. Pero ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho.